

XXXIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

El Talento ya había aparecido en otra parábola de Mateo: La del siervo despiadado, a quien se le había perdonado una enorme deuda (Mt. 18, 23-35). En el evangelio de este domingo aparece nuevamente el talento como centro de la parábola.

Como toda moneda, el talento tiene su origen como una unidad de medida destinada a determinar el valor de un producto dentro de un sistema económico. En Babilonia un talento equivalía casi 49 Kilogramos, y en otras partes llegaba valer hasta 60 kilos de ahí podemos imaginarnos cuanto podía valer un talento de oro. A nivel monetario el talento equivalía a 6,000 dracmas o denarios. El salario de una jornada de trabajo era de un denario.

Desde el siglo XV el término talento fue adquiriendo el significado de capacidad, don de inteligencia, actitud positiva; este enfoque es correcto pero necesita ser puntualizado para impedir reducciones demasiosas humanistas.

El verdadero sentido del símbolo “talento”, según esta parábola, debe ser entendido desde dos puntos de vista:

- a) El primer y fundamental elemento lo encontramos precisamente en su valor y capacidad adquisitiva. Los talentos, como hemos dicho, son unidades económicas de alto nivel, y según la narración de Jesús, son propiedad de un señor que es una transparente representación del Señor por Excelencia que es Dios. El punto de inicio de esta parábola es el de la *gracia* y del *primado de Dios*. Sin esa iniciativa divina el hombre quedaría envuelto en una trama de pequeñas cosas, encerrado en sus propios límites sin alcanzar grandes logros. Sin embargo, Dios aparece con sus dones diversos para cada hombre. Es el ofrecimiento de un tesoro, es el ingreso del reino de Dios en el mundo. Pero es precisamente en este punto que aparece la otra dimensión:

- b) El don se convierte en entrega: El talento no es una perla que se debe guardar celosamente en un cofre, sino que es una moneda que debe crecer y fructificar produciendo el ciento, el sesenta, el treinta por uno (Mt. 13,23). El talento se

vuelve entonces, la unidad de medida de una auténtica religiosidad que no se conforma con considerarse llenos de gracia o poseedores de todos los dones divinos posibles, como si se tratara de una simple y fría posesión de algo; al contrario, aquí se trata de poseer un don y hacerlo producir.

Es curioso evocar un dato presente en la historia de la tradición cristiana: de hecho, la parábola de los talentos también la encontramos en un texto apócrifo de la primera mitad del II siglo, es el "*Evangelio de los Hebreos*". Según este texto apócrifo, los tres siervos se comportan de manera notablemente diferente:

-El primero malgasta su dinero con prostitutas y sonadores de flauta, exactamente como sucedió en la parábola del hijo pródigo.

-El segundo en cambio invierte el talento y obtiene ganancias.

-El tercero esconde su talento.

Al regreso del Señor el primero es arrojado en la cárcel, el segundo es premiado y al tercero le llama la atención.

Como podemos ver en el texto apócrifo, la parábola ha adquirido un tinte más moralista; en cambio Jesús, lo que quiere es subrayar un solo dato central:

La simple inercia, la indiferencia con respecto al don de la gracia, la simplicidad, son obstáculos radicales que levantan un muro contra Dios.

En un cierto sentido, el pecador podría ser estimulado a la conversión, el publicano y la prostituta pueden abrirse al arrepentimiento; pero el frío ejecutor del mínimo religioso, el fariseo y el escriba convencidos de tener derechos ante Dios con la simple observación ritual provocan el disgusto del Dios.

Desde este punto de vista, el talento es el símbolo de la gracia y de la fe, de la acción divina y de la respuesta humana; es la piedra de comparación de una genuina religiosidad que involucra a todo ser del hombre en su diálogo con el Señor que lo llama a participar a la construcción del Reino.

Aún nos queda algo más por decir:

El talento de la parábola también lleva algunos aspectos con tonalidad dramática; de hecho el contexto en el cual se encuentra esta narración está insertado en el último de los cinco discursos de Jesús que presenta Mateo, que es el discurso del juicio divino sobre la historia. El punto de llegada de la parábola ofrece un doble destino:

- a) El destino de aquellos servidores comprometidos y responsables que han producido el fruto esperado, y que por tanto pueden pasar al banquete de su Señor.
- b) El destino de aquellos servidores haraganes y superficiales que son lanzados a la tiniebla donde será el llanto y el rechinar de dientes. La atmósfera de la narración es tensa; el tesoro que tenemos entre las manos no es un ornamento si no que es un símbolo de gracias o de juicio.